

## PLÁTICA

SOBRE

### EL SESTO Y NOVENO PRECEPTO DEL DECALOGO.

*Non mæchaberis.*

No fornicarás.

Exod. cap. XX, v. 14.

No puede un árbol malo dar buenos frutos, nos dice Jesucristo en su Evangelio. Referíase á los falsos profetas, que viniendo con vestidos de ovejas son interiormente lobos robadores. Entre nosotros es árbol malo y acreedor á ser arrancado y arrojado al fuego el hombre que aparentando piedad y apareciendo como inocente á los ojos del mundo y como buen cristiano, vive envuelto en los placeres de la sensualidad, que embotando su razon no le deja producir buen fruto, porque no son aceptables á los ojos de Dios ni meritorias de la vida eterna las obras que se hacen en pecado, por mas que sean buenas. Todos los vicios son detestables á los ojos de Dios, que siendo la santidad por esencia no puede menos de mirar con aborrecimiento el pecado, que fué el instrumento de que se valió Satanás para afirmar su imperio; empero si todos los pecados son objeto de su divina indignacion, el de la

lascivia colma la medida de su cólera, por oponerse directamente á su infinita pureza y santidad.

En verdad que la materia que me he propuesto tratar en esta mañana, es demasiado delicada y exige la mayor prudencia en las palabras, y mucho mas cuando el auditorio se compone de personas de toda edad y sexo. Mi objeto como habreis conocido, es hablaros de los preceptos sexto y noveno del Decálogo. Por ellos se nos prohíbe no solamente toda accion impura y deshonesta, sino hasta las palabras y el deseo consentido de practicarla. El apóstol San Pablo, bien instruido en la ley de Dios, miraba con el mayor aborrecimiento el pecado de la lascivia, y exhortaba á los fieles á que se conservasen en pureza, advirtiéndoles que el Señor nos ha elegido para que seamos santos é inmaculados en su presencia.

Con dificultad hallareis un vicio mas estendido en la sociedad ni de mas funestas consecuencias: no obstante que Jesucristo ha dicho que nada manchado é impuro entrará en la Jerusalem de lo alto, parece que los cristianos se han olvidado de estas palabras, ó que se han llegado á persuadir que la palabra de Dios no es eterna é inmutable.

Yo deseo que vosotros aborrezcais un vicio tan detestable á los divinos ojos; que vivais en pureza y santidad, y que os revistais de la virtud de la pureza, que debe resplandecer en todo cristiano. Para ello esplicándoos en esta instruccion los mandamientos sexto y noveno de la ley de Dios, os haré ver las causas y consecuencias de la lascivia, concluyendo por proponeros los medios de que os debeis valer para libraros de enemigo tan formidable.

¡Ojalá que mis palabras penetren hasta el interior

de vuestros corazones, para que produciendo en vosotros saludables frutos no os dejéis arrastrar por los caminos de la perdicion, y os hagais agradables por la santidad de vuestra vida y pureza de vuestras costumbres á los ojos de nuestro buen Dios. De este modo os concederá sus auxilios, os dispensará su divina gracia para que no caigais en el dia de la tentacion, y os hará despues participantes de su gloria.

A fin de que la predicacion de la divina palabra produzca en vosotros el saludable efecto que es de desear, postrémonos en la presencia del Señor y supliquémosle se digne iluminar mi entendimiento, y á vosotros concederos docilidad y buenas disposiciones para escucharla. A este fin interpongamos la poderosa mediacion de la Purísima Virgen María, nuestra Señora, saludándola con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave Maria.*

#### PARTE ÚNICA.

Los dos preceptos sésto y noveno de nuestra ley, cuya letra conoceis, nos prohiben no solamente toda accion ó palabra impura, sino tambien todo lo que pueda conducir á ella. Tal es la estension del precepto, que nos demostró el mismo Salvador cuando dijo: «Oísteis que fué dicho á los antiguos: no adulterarás. »Pues yo os digo, que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer, para codiciarla, ya cometió adulterio (1).»

Nada habia de haber mas lejos de los cristianos

(1) Audistis quia dictum est antiquis: Non moechaberis. Ego autem dico vobis: quia omnis qui viderit muliere ad concupiscendum, jam moechatus est in corde suo. Math. cap. V, v. 27 y 28.

que es la impureza, por muchas razones. En primer lugar, por la santidad y pureza de nuestro Dios: en segundo, porque estamos obligados á obedecerle con sumision y el mayor respeto, y nos manda ser puros en nuestras obras, palabras y pensamientos.

Y siendo esto así, ¿cuál es la causa de que se halle tan estendido el vicio de la lascivia? ¿Por qué tanta sensualidad y tanto pecado? ¿Por qué se repiten los adulterios y los pecados sensuales de todas clases, hasta aquellos mas repugnantes y que son mas criminales á los divinos ojos de nuestro Dios? ¿Por qué se ha hecho tan general la licencia en los jóvenes como la corrupcion en los ancianos? ¿Por qué tanta desenvoltura en las mujeres y tanto libertinaje en los hombres? ¿Cuál es la causa de tanta ruina espiritual? Atravesamos, mis hermanos, un siglo, que es verdaderamente de tinieblas, siglo en que el deseo de los goces materiales se ha apoderado de la mayor parte de los corazones. Parece que se ha estinguido la luz de la fé y que nada se ve á la otra parte del sepulcro. El filosofismo ha dicho al hombre: «Goza de cuantos placeres el mundo te presenta: has nacido para gozar: mañana morirás y no sacarás otra cosa de este mundo: tiende tu vista por todas partes, y cuanto ves puedes disfrutar: adquire riquezas y no te pares en los medios: acerca á tus labios la copa del deleite y embriágate en sus goces.» Y el hombre, cuyo corazon es inclinado al mal, abre sus oidos á esas fementidas palabras que le halagan, mientras tanto no quiere escuchar á Jesucristo que le dice: mortifica tu carne, porque el camino de la mortificacion es el que conduce al cielo: vive en pureza y santidad, porque de otro

modo el infierno será tu residencia eterna. El hombre en su demencia dá la preferencia á placeres de cuatro dias, aunque por ellos pierda la felicidad eterna: vive tranquilo sosteniendo sus amistades peligrosas, hasta que adormecido en su sensualidad viene la muerte y le arrastra á su eterna perdicion. Entonces esclamará el lascivo en el infierno: «He sido un insensato: yo miraba como locura la vida de esos hombres que tenian una vida escondida en Jesucristo su Dios; miraba como almas débiles y enfermizas á aquellos que huyendo de los placeres del mundo hacian una vida santa y evangélica. Pero ahora conozco mi error, cuando no tengo remedio, cuando no puedo salir de este lugar, donde no me queda mas que la desesperacion y el crujir de dientes.»

La gula, las demasiadas comodidades son las que arrastan á los hombres á semejantes escesos: dicen que no son dueños de sujetar sus pasiones, que se ven arrastrados por un impulso involuntario y que no pueden evitar la recaída. ¡Ah! Si los que de este modo hablais tuviérais fé, si estuviérais revestidos de caridad, si tuviérais una ardiente esperanza en los bienes de la vida futura, si huyérais de esas reuniones corruptoras de toda moral, si volviérais las espaldas á esos espectáculos que escitan las pasiones, si apartárais de vosotros esa compañía que os seduce, veriais entonces como podiais salir victoriosos de vuestras pasiones. ¿No vencieron tantos santos como veneramos en los altares y que fueron un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres? Pues del mismo modo podeis vencer vosotros si pedis al Señor su gracia y os preparais para recibirla, poniendo de vuestra parte las disposiciones rectas que

acompañaron á aquellos que salieron victoriosos de las tentaciones del enemigo y de las luchas continuas que tuvieron que sostener con sus pasiones.

Aquí debo advertir, para que no erreis en punto de tanta importancia, que los pecados de impureza son casi siempre mortales. La mas leve mancha es suficiente para cerrarnos las puertas del Paraiso, que solo permanecen abiertas á los puros que obran con rectitud. El profeta de los Salmos pregunta: «Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo ó quién reposará en tu monte santo?» y se contesta: «el que camina sin mancha y hace obras de justicia (1),» y en otro lugar dice: «¿Quién subirá al monte del Señor ó quien estará en su lugar santo? El inocente de manos y limpio de corazon (2).»

Los santos apóstoles Pedro y Pablo no dejan de exhortar en sus cartas á los fieles para que vivan de tal modo que siempre resplandezca en ellos la virtud santa de la pureza, con la que nos damos á conocer como discípulos de Jesucristo. Haced puras vuestras almas, esclama San Pedro, por una obediencia que nace de caridad (3). La voluntad de Dios, dice San Pablo, dirigiéndose á los fieles de Tesalónica, es que seais santos y puros. Dios nos llamó, decia el mismo apóstol, para santificacion y no para inmundicia (4). Dios quiere que seamos puros en nuestras obras y palabras, y no nos dejará pasar ni aun el menor pensamiento consentido de impureza, porque somos templos de Dios y el Espíritu Santo habita en nosotros. Si alguno, pues, manchara el templo de Dios, Dios le destruirá, por-

(1) Ps. XIV, v. 1 y 2.

(2) Ps. XXIII, v. 3 y 4.

(3) Petr. cap. I, v. 22.

(4) I ad Thesal. cap. IV, v. 7.

que el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (1).  
 ¿Cómo y con qué colores os pintaré yo, mis hermanos amadísimos, las funestas consecuencias de la impureza? En dos palabras diré que este vicio detestable mata al cuerpo y al alma. Al cuerpo porque disminuye la robustez, la salud y las fuerzas y abrevia por consiguiente la vida. ¡Cuántos murieron en la flor de su juventud, por haberse entregado á la sensualidad de la carne! ¡A cuántos también condujo este vicio á la insensatez y á la locura! Abrid las sagradas páginas y tropezareis con la historia de David. ¿Qué os diré yo en elogio de este célebre monarca? ¿Os ponderaré su robustez y fuerzas, diciéndoos que desquijaraba con sus manos los leones y los osos, y que fué el que cortó la cabeza á Goliat, que era el terror del ejército de Saul? ¿Os hablaré de su caridad y mansedumbre, y de la rectitud y justicia con que gobernaba sus pueblos? Creo que con deciros con las palabras mismas de la Escritura, que su corazón estaba cortado á la medida del corazón de Dios (2), creo que será suficiente para que os penetreis de las grandes y hermosas cualidades que le adornaban. Ahora bien: si os encontráis con que un hombre tan ilustrado, tan lleno de virtudes, tan valeroso y tan magnánimo, se trueca en criminal, y es arrastrado á cometer un homicidio y á llevar á cabo un adulterio, deseareis saber la causa estraña de esta mudanza. Yo os lo dire: no fué otra que la sensualidad. La lujuria apoderóse de su corazón, y para él nada significaban ya las murmuraciones de sus vasallos, ni la tranquili-

(1) I ad Cor. cap. III, v. 17.

(2) Quæsiuit Dominus sibi virum justa cor suum. I Reg. cap. XIII, versículo 14.

dad ó intranquilidad de sus pueblos. Ved aquí, mis hermanos, las tristes consecuencias de la lujuria. La desgracia á que arrastró á David hubiera sido eterna, si el Señor lleno de misericordia no le hubiera proporcionado al profeta Natan, para que le hiciese conocer su desgraciado estado, y los terribles pecados que había cometido, y que lavó despues con lágrimas de verdadera penitencia.

Además de los estragos que la lascivia causa en el cuerpo y en la hacienda, son terribles los que causa en el alma, y estos son ciertamente los mas sensibles. Un hombre vive en pureza, y asiste con frecuencia y con gusto á los ejercicios de piedad, oye la palabra de Dios y frecuenta los sacramentos. Pasa por desgracia este hombre al estado de los impuros, entrégase á un amor sensual, y desde el momento en que su corazón se va entregando á la criatura, se va apartando insensiblemente de Dios: su ídolo se lleva todas sus adoraciones y empieza á huir de los lugares de santidad, porque le hastían los ejercicios devotos, le fastidia la oración, no quiere oír los sermones, porque en ellos se condenan sus vicios; todo esto conduce necesariamente al indiferentismo religioso, tras del cual viene la estincion de la fé. ¿Y qué esperaremos ya de un hombre en quien no resplandece la fé, y para quien ya no existe otro Dios que el ídolo á quien adora, ni otras leyes que sus caprichos y pasiones? Seguramente que este estado conduce á la impenitencia final, como esta á la condenacion eterna.

¿No os horrorizais, mis hermanos, de tales y tan funestas consecuencias? ¿Es posible que así se espongan las criaturas á perder cuanto hay de mas